

## Vargas Vila \*

(Bogotá, 23 de julio de 1860 – Barcelona, 23 de mayo de 1933)

Comenzaré por una cita de Manuel Ugarte, casi contemporáneo de Vargas Vila “el Divino”:

“No hay ejemplo en ninguna literatura, de vanidad tan estruendosa como la de José María Vargas Vila. El inventor de la prosa sin mayúsculas, del libro en un solo lingote, hecho para ser devorado —esperanza falaz— de un tirón y sin tomar aliento, hablaba exclusivamente de sí mismo y en tercera persona; perdida la noción de las posibilidades se entregaba, ciego a la egolatría” (1).

Juicio cruel, y además insustancial. Nada contiene, sino palabras y apreciaciones de apariencias. Sin embargo, se ajusta al criterio vigente sobre Vargas Vila. Los escritores envidiaban la acogida que le dispensaba el gran público, no siempre —o casi nunca— de mediano gusto siquiera. Ugarte mismo le reprocha el no haber querido escribir crónicas, cuando las fabricaban todos los literatos de su tiempo. Vargas Vila prefirió dedicarse a sus novelas, que publicaba la Editorial Sopena, de Barcelona, pagándole cincuenta y sesenta mil pesetas por año: una verdadera fortuna entonces. Los colegas tampoco le excusaban su evidente cursilería cuando, refiriéndose a sí mismo, usaba la tercera persona llamándose “genio”. Por otro lado, a los miembros de la generación arielista les preocupaba demasiado el acercarse a la genialidad: efecto de las mediciones psicológicas y de las teorías lombrosianas sobre seres predestinados fisiológicamente a la gloria o al fracaso. Mas, el propio Ugarte que, cuando publicó el libro de donde extraigo estas citas, llegaba a los setenta, atempera su censura y dice:

“Marca (Vargas Vila), dentro de su tiempo, una de las realizaciones más completas. Pese a los arabescos de mal gusto y a algunas reminiscencias incómodas, contiene elementos sólidos y durables”.

---

\* Capítulo VIII del libro *Escritores representativos de América*, segunda serie, Editorial Gredos. Madrid 1963.



Agrega (y tal vez en ello esté una de las explicaciones de personalidad tan brillante, contradictoria y controvertible) que a Vargas Vila le dolían “la repulsa y el olvido de su tierra colombiana: sicología de pros-crito perenne, fuente de lamentables y a veces altos extravíos. Esto se acentúa más en el pasaje en que Alcides Arguedas refiere una de las últimas entrevistas con el discutido maestro de *Aura o las violetas*, *Flor de fango* y *Los césares de la decadencia*.

“¿No desea regresar a Colombia? —Repuso con vehemencia lanzando aquella frase: “Nunca, Colombia no me perdona que yo la haya llenado de gloria; en cambio, yo le perdono las vergüenzas que me hace pasar como colombiano” (2).

Este diálogo fue sostenido, según Arguedas, con el novelista y periodista chileno Joaquín Edwards Bello.

El poeta colombiano Porfirio Barba Jacob como que da razón a la diatriba de Vargas Vila contra sus compatriotas, al escribir en 1933:

“¿Y sus ideas? No tiene ninguna propia, pues todas son resúmenes del capricho, de la más triste mesocracia intelectual. ¡Ha publicado cincuenta o sesenta obras! ¿Qué surco han abierto ellas en la historia del pensamiento original? Reflejo de reflejos, calco de calcos en pésimo lenguaje, he aquí todo lo que queda de este escritor”.

Rubén Darío, con quien Vargas Vila mantuvo larga amistad, es más generoso. Tiene la particularidad su comentario de haber sido escrito en 1896, al difundirse la falsa noticia del suicidio de Vargas Vila en un supuesto drama amoroso ocurrido en Grecia. Extracto párrafos reveladores de la generosidad inextinguible de Darío:

“Era José María Vargas Vila un joven colombiano de gran talento, al cual obligaron a salir de su país las cosas de la política... Este era un corazón llameante y una mente violenta. Había nacido con dotes de verdadero artista, pero la política se las vició, cosa que en aquellos países latinos del Norte de América, sucede con mucha frecuencia... Hugo, que tanto mal ha hecho con la atracción de su abismo, le poseyó. Vargas Vila hugueaba, ¡ay! hermosamente... Enemigo mío fue aquel hombre de tanto talento, porque hice una visita en su retiro de Cartagena, al Presidente Núñez, y éste tuvo a bien ofrecerme, “por no haber vacante en el cuerpo diplomático”, el Consulado General de Colombia en Buenos Aires...

“En sus recientes producciones tenía la obsesión de los nuevos a quienes atacara apasionadamente él también: y a pesar suyo era uno de los nuevos...” (3).

Lo cierto es que Darío dejó de ser “enemigo” para Vargas Vila, probablemente a raíz de esta crónica, pues en el epistolario de Rubén se muestran una tierna amistad, y Vargas Vila dedicó un libro entero a la muerte del nicaragüense (1916) (4).



A través de las anteriores transcripciones se advierte la apasionada polémica en torno de Vargas Vila. Por lo general, se la solucionó de la manera más fácil: negándolo. Sin embargo, al cabo de más de veinte años de su muerte, aún se reeditan sus obras y, para el centenario de su nacimiento, se ha operado una verdadera revisión todavía en agraz. Trataré, por eso, de precisar más la silueta vital y literaria del conflictivo sagitario.

\* \* \*

Nació José María Vargas Vila, en Bogotá, el 23 de julio de 1860, esto es, siete años antes que Darío y quince antes que Chocano. Sus padres fueron don José María Vargas Vila y doña Elvira Bonilla. Tuvo tres hermanos; dos varones, Antonio y José Ignacio, y una hembra, Cecilia. José Ignacio también sería escritor. Para diferenciarse, José María optó por el mote de "el Divino"; José Ignacio sería solamente "el Humano"; había nacido en Bogotá el 29 de julio de 1867; era pues, bastante menor que "el Divino".

La familia gozaba de fama de liberal, pero católica: el mayor de la prole sería diferente. Sabemos que los Vargas Vila se aducaron en un colegio religioso de Bogotá, y que don José María fue amigo y compañero de José Asunción Silva. Se ha dicho que, en aquella etapa, se le atribuían ya costumbres alcibiadescas. No olvidemos que la celebridad de Oscar Wilde cubría a los escritores de fines de siglo, y que sobre Silva cayó también la injusta tacha de que le defiende con acerbia y razón Baldomero Sanín Cano. La verdad es que Vargas Vila tuvo un incidente a causa de sus ideas ácratas y ateas con el padre Escobar, director de un plantel educativo, y que un escritor usó el incidente para difamar al sacerdote. A eso se añadieron razones políticas. Vargas Vila había entrado, desde 1884, a la guerra civil en Boyacá, del lado liberal: participó en la batalla de Humareda y en el sitio de Cúcuta. Actuó como secretario del jefe de la revolución, general Daniel Hernández. A la muerte de este, Vargas Vila, que le había prometido escribir la historia de la revolución, se refugió en la casa "del viejo héroe liberal Gabriel Vargas Santos", y allí cumplió su promesa. Perseguido de cerca, y en riesgo de ser ejecutado si lo apresaban, Vargas Vila huyó a Venezuela en 1886. Los tres compañeros que con él pasaron a la ciudad de Rubio en el estado de Táchira, en la frontera venezolana, fueron Ezequiel Cuartas Madrid, fusilado poco después por los conservadores colombianos; Avelino Rosas, que se enganchó en las fuerzas de la liberación de Cuba y volvió a Colombia "a morir en otra guerra", y Emiliano Herrera. Por cartas familiares sabemos que Vargas Vila era hombre sociable; que pasó a Nueva York, donde residía en 1895; que volvió fugazmente a Coro, Venezuela, a visitar a su hermano recién casado y que, cuando nació su primer sobrino, hijo de "el Humano", "el Divino" aceptó apadrinarlo y pidió que le llamasen Darío (5). Vargas Vila se hallaba en plena tarea publicitaria. El diario *Federación*, que fundó en 1886 en Venezuela, hubo de suspenderse a pedido de las autoridades colombianas, quienes además exigieron, sin éxito, la entrega del periodista. Desde luego, no lograron su objeto. Vargas Vila publica entonces su libro titulado *De la guerra (1885)*, (Maracaibo, 1886) que costea-



ron los liberales de Cúcuta. Poco después, siempre en Maracaibo, aparecerá *La regeneración de Colombia ante el tribunal de la historia*. Con ambos se formará, más tarde, el volumen titulado *Pretéritas* (1921).

Hay en la vida sentimental de Vargas Vila (y fue un gran sentimental) un doloroso episodio que no perdonó jamás a los gobiernos conservadores de su país: el no haber podido asistir a los últimos momentos de su madre, fallecida en 1887. A ella le consagró su primer libro y en verso.

Atraído por la vecindad de Venezuela y por las vicisitudes de su política, Vargas Vila regresó de Nueva York a Caracas. En 1897 actúa como secretario del presidente, general Joaquín Crespo. Al caer este, abatido en la guerra civil que provocó el general José Hernández, Vargas Vila se dirigió otra vez a Nueva York y fundó su famosa revista *Némesis*: título elocuente y amenazador. El "asesinato" de Crespo abrió el camino de Cipriano Castro, con quien se iniciaría una luctuosa etapa de la vida venezolana, Vargas Vila dijo soncramente, comentando el suceso, en su prosa huguesa:

"Para que Castro apareciera, era necesario que Crespo sucumbiera...

"Y Crespo sucumbió;

"vilmente asesinado en la Mata Carmelera, caído en la emboscada de la Traición;

"aquel héroe, hecho para morir en un campo de batalla;

"y, el sortilegio del respeto y del Temor fue roto;

"y, Cipriano Castro apareció en la frontera...

"acariciando las crines de su corcel de guerra, que no había de tener ya reposo;

"hasta apagar su sed en las aguas pacíficas del Guarie".

La etapa venezolana (sudamericana, diríamos mejor) de Vargas Vila queda así cancelada. Se inicia, a los treinta y ocho años de edad, la del publicista continental, o sea la del publicista del idioma. Es justamente cuando Darío alcanza la plenitud de su renombre, y se anuncia el de Rodó, joven maestro, menor que Vargas Vila, pero dueño ya de una prosa deslumbrante de metáforas (6). Como de costumbre, Rubén Darío muestra su profundo sentido crítico al señalar que, pese a sí mismo, Vargas Vila era uno de "los nuevos". "Nuevo" quería decir modernista, según término empleado por Rodó en su folleto *Los tiempos nuevos* (1898). En verdad, el colombiano coincidía con el movimiento modernista con más grandilocuencia, acaso, pero no mucha más que Díaz Mirón, que cierto Lugones y que Chocano, aunque estos usaran del verso más que de la prosa. Ciertamente, la impronta de Víctor Hugo era más visible en Vargas Vila, quien, al decir de Darío, "hugueaba" desafortunadamente, pero el propio Rubén rinde pleitesía a Hugo en uno de los *Medallones de su azul* y en varias composiciones en prosa y verso. Lo propio harían todos los modernistas sin excluir a Neruo ni a Rodó.



De ahí que, cuando a raíz de la reedición de las obras de Vargas Vila, se pretenda establecer zonas separadas y fijas dentro de su personalidad, distinguiendo como seres diversos, al romántico de *Aura o las violetas* y al realista de *Flor de fango*, debemos reparar en que naturalismo (no realismo) y romanticismo no fueron nunca sino caras opuestas de la misma moneda, que el modernismo, al absorber o fundir el simbolismo y el parnasianismo, rindió implícito homenaje a ambos, ya que este y aquel representan y a fines del siglo XIX, traducidos en términos poéticos, lo que el romanticismo y el naturalismo respectivamente, a mediados de dicha centuria.

El período comprendido entre 1900 y 1902, en que Vargas Vila visitó Europa y trabó amistad con Enrique Gómez Carrillo, Rufino Blanco Fombona y Rubén Darío, define su vocación literaria. Cuando de nuevo regresa a Nueva York, prosigue su tarea de *Némesis* y encara el problema de la "yanquización" de América Latina, con la misma unilateralidad y vehemencia que Manuel Ugarte, José Enrique Rodó, Rubén Darío, Alfredo Palacios, Alberto Ghirardo y, más tarde, José Vasconcelos y el propio Chocano. La tónica antiyanqui caracteriza a la generación de Vargas Vila. No tanto por la expansión económica cuanto por la tergiversación espiritual. *La repulsa a Calibán, en nombre de Ariel*, inspira el famoso folleto de Rodó, propagado a partir de 1900.

La mayor parte de la vida de Vargas Vila se desenvuelve luego en Europa, principalmente en Venecia, Roma, Madrid y Barcelona. En 1906 es él quien refiere a Darío el triunfo literario de Chocano en el Ateneo matritense. Ciertamente que se le atribuyen aventuras fantásticas con duquesas venecianas y con lustrabotas barceloneses. Nada de ello está verificado. En cambio, sí es seguro que su actividad literaria no conoció el reposo, y que, como él mismo asevera en una de tantas entrevistas periódicas, rechazaba el alcohol y el tabaco y huye de las charlas de café, a cambio de permanecer solo, en una soledad sin dios, ni otra jerarquía que el talento. Pertenece Vargas Vila a una especie fundamentalmente ácrata, y, por tanto, confiada nada más que en su propio yo, ese Yo que escribía con mayúscula.

Conviene destacar algunos hechos de la vida externa del escritor. Por ejemplo, que, en 1898, fue ministro del Ecuador en Roma, debido a su amistad con Eloy Alfaro, gran colaborador de Juan Montalvo y jefe de los radicales y laicistas ecuatorianos a que era adepto Vargas Vila. Como ministro del Ecuador, Vargas Vila, según varios de sus exégetas, tuvo que visitar al papa León XIII y no hincó la rodilla ante él porque, dejando de lado su indudable falta de cortesía, decía que no le era posible hincarse ante ningún mortal. Más tarde, en 1905, siendo cónsul de Nicaragua en Madrid, formó parte de un tribunal internacional, integrado por Rubén Darío, para resolver un conflicto entre Nicaragua y Honduras. Por entonces le invade una aguda neurastenia. Una neurosis realmente avasalladora. No le curan viajes ni medicamentos. Su antigua tendencia a la soledad recrudece. Sus viejas pasiones se agravan. Se aísla, se agría, se exaspera. Será así hasta la muerte (7). De Madrid, donde se aposenta en 1909, pasa en 1914 a Barcelona. Nueve años más tarde, en 1923, empre-



de un viaje de reposo a Sudamérica. Río de Janeiro, Buenos Aires y México son sus principales paradas. Le reciben de modo diverso: con entusiasmo allá, con escepticismo acullá, con frialdad aquí. De ello extrae Vargas Vila un libro que se menciona en la bibliografía anexa. No es muy optimista. Tampoco muy modesto. Mucho menos, insonoro. En 1929 publica su última obra *Polen y odisea romántica*. En una entrevista que concedió, en Barcelona, el 25 de febrero de 1932, al doctor Marcelino Valencia, colombiano, Vargas Vila expone sus desencantadas teorías sobre la vida. Fallece al año siguiente. Le entierran en el Cementerio de las Cortes de Barcelona, departamento 5, nicho 7417, en la bóveda de su raro, ambiguo y caprichoso secretario, el venezolano Ramón Palacio Viso. Aunque según confesara al doctor Valencia, Vargas Vila había publicado dos largas series de obras completas, con un total de setenta y cinco títulos cada una; ya para 1933 los escritores de cierto postín hacían gala de su desdén por Vargas Vila, desdén no siempre sincero.

Las obras del ardoroso y sonoro colombiano encontraban cada día mayor eco. Eco popular. Se lo puede calificar de "eco de dudoso gusto", pero eco de todas maneras, y eco vasto como ninguno. Vargas Vila ganaba más dinero que los demás escritores del idioma, publicando novelas y vendiendo odio político en frases latigueantes, de impresionante melodía, engarfiadas de vocablos raros, de giros exóticos, cosechados en las más raras fuentes. No es un hecho nuevo que el vulgo se enamore de lo que no entiende y se aturda con las rarezas. Ello supone varias condiciones, entre otras las de sortilegio y brujería en quien las vierte. Así fue. Rodeaba a las obras de Vargas Vila un halo de exorcizante, de hechicero, no necesariamente comprendido ni comprensible. En cierto modo, había en su estilo un elemento mágico, de alta, mediana o baja estofa, pero mágico, como ocurre en las onomatopeyas de la poesía antillana de hoy, onomatopeyas que se sienten y adivinan sin que se pueda razonarlas, pues se hallan al margen de las previsiones lógicas. Vargas Vila, para su daño, pretendía moverse dentro del más estricto racionalismo; no era, empero, sino un emotivo elocuente. Sus argumentos destilaban sensiblería. Para atemperar la ñoñez de sus tramas novelísticas acudía no a ideas, sino a palabras, sobre todo, a sustantivos colectivos, a nombres abstractos, a todo lo que al amparo de una vaguedad sonora puede producir efectos hipnóticos sobre el lector desprevenido o de escasa preparación cultural.

Carlos García Prada no vacila en calificar a Vargas Vila de "romántico". Cierto. Sus pujos racionalistas y cientifistas no pasan de meros alardes verbales para ocultar el grueso contrabando de imprecaciones y sólidas blasfemias con que trata de disimular su acuosa emoción (8).

En cambio, cuando se enfrenta a temas políticos, la forma como combina los elementos históricos con las exclamaciones o desfogues rítmicos, alcanza un nivel superior, algo semejante a un nuevo estilo de libelo (libelista fue, sin duda). El odio, la arrogancia herida, un vistoso orgullo de héroe chafado, de caudillo sin causa inmediata, estremece aquella prosa, a ratos epiléptica. Veamos: el libro a que acudimos reúne violentas y oratorias siluetas de Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro, José A. Páez, Guzmán Blanco, en total hasta once personajes políticos de Colombia y Venezuela, bajo el título de *Los césares de la decadencia*.



He aquí algunos párrafos que conservo en su original estructura tipográfica:

“Porque fui un Sagitario —Solitario;

“y, nadie lidió conmigo los rudos combates que yo lidié...

“y, las piedras de mi honda, y las flechas de mi carcaj, cogidas fueron en los desiertos de la Soledad;

“y, talladas en ramas arrancadas a los árboles de la Soledad;

“—porque solo viví;

“y, solo combatí;

“por eso tengo el derecho de llevar solo, el peso de mis derrotas;

“y, solo debo llevar el Orgullo de mis Victorias.

“Orgullo...

“Victoria...

“¿Qué sentido tienen estas palabras inánimes, cuando se ha pasado ya el meridiano de la Vida, más allá del cual, los vocablos más atrevidos pierden toda sonoridad, y no son sino débiles voces de un Ensueño, que van a morir en las entrañas de otro Ensueño?...”.

El ejemplo es ilustrativo. Se destaca la arbitraria forma con que usa la “coma” después de la conjunción copulativa “y”; el énfasis con que emplea los sustantivos propios o abstractos, usando mayúsculas como en el alemán; la petulancia infantil con que destaca su soledad y su autocalificada condición de Sagitario-Solitario. Todo esto es divinamente pueril; mas no se puede negar que, bajo esa gran fuerza retórica, circula una certeza enfática, contagiosa, la seducción de un verbo inesperado y atractivo a causa de su imprecisión solo en apariencia definitoria. Además surge allí la confesión de la supuesta desconfianza del autor en “la sonoridad”, perdida como consecuencia del arribo del “meridiano de la vida”. La madurez desconfía de las expresiones lapidarias.

En el mismo preámbulo Vargas Vila trata de explicar el daño que la pasión política causó a su obra literaria. Escribe:

“La pasión política devoró mi juventud;

“la devoró como una lepra;

“la consumió como una llama;

“ella se extendió hasta lo más fuerte de mi edad madura, siendo, según unos, una lamentable desviación de mis energías, y según otros, una admirable centuplicación de ellas”.

Más adelante precisa su credo:

la influencia de un Escritor sobre su época, marca, no los grados de su talento, sino los grados de su virtud”.

Este constructor de frases rimbombantes se encara a Miguel Antonio Caro, el insigne poeta y hablista, y combatido presidente colombiano; al hacerlo usa giros espléndidos: por ejemplo, dice de Caro:



“fue un Sátiro de las rimas;

“la Gramática no era en él una profesión, era una Pasión; para él un adverbio era más importante que un hombre” (9).

En cambio, cualquiera sea el criterio con que se consideren las novelas de Vargas Vila, es indudable que la vena romántica de *Aura o las violetas* trae reminiscencias de la *María* de Isaacs, otra novela colombiana evocativa, idílica, soñadora. Empieza Vargas Vila:

“Descorrer el velo tembloroso con que el tiempo oculta a nuestros ojos los parajes encantados de la niñez;

“aspirar las brisas embalsamadas de las playas de la adolescencia;

“recorrer con el alma aquella senda de flores, iluminada primero por los ojos cariñosos de la madre, y luego por las miradas ardientes de la mujer amada...” (10).

No se transcriben estos párrafos por antológicos, sino como muestras de estilo. Pese al punto y coma acápite, y a las minúsculas con que se inician los renglones, el tono es definitivamente sentimentaloides. No luce todavía concesiones a la música modernista, como se advierte después en *Los césares de la decadencia* y más aún en la novela *La simiente*, que recoge la experiencia vargasvillesca en Venecia, con un atavío renacentista expresado a lo tropical. El vocabulario ha sintonizado con los giros modernistas. No cabe duda: el romántico se deleita ahora con el lenguaje antes que con los sentimientos, o tanto como con ellos.

No sabría decir por qué a Vargas Vila se le ha presentado como paradigma de corrupción, erotismo pornográfico, blasfemia. Lo justo sería lamentar que hombre tan bien dotado se abaratase tanto en aras de un público creciente, o de un demonio o comején indomeñable que le impelía a escribir y escribir sin autocrítica a causa de la egolatría. Que no fuese creyente religioso es algo ajeno a su valor literario. Con todo, blasfema menos que Baudelaire y Guerra Junqueiro, e imprecia menos que Díaz Mirón y que José Zorrilla. Para mí, lo deplorable es que, cegado por el prurito de ser un renovador en lo morfológico y prosódico, sintáxico y ortográfico, sacrificara la agudeza de un juicio y la riqueza de una imaginación, sin duda eminentes, a nimiedades de mera forma.

Existe una falsa idea sobre Vargas Vila, fundada en la inverosímil y aturdidora exuberancia de su yoísmo. No obstante, si uno olvida este aspecto enojoso, encuentra, como decía Darío, no solo el “talento”, sino la finura crítica y la ancha veta cordial del escritor, a más de su capacidad metafórica. Lo demuestra en una página puesta como proemio a la edición definitiva de *Salomé*. La transcribo a fragmentos, copiados en la forma corriente de su prosa:

“Lo que hay de Poeta en el Hombre, no muere nunca; y tal vez es lo que hay de Poeta en el hombre, lo único que ama en él...”

“¿qué Hombre no ha vivido en su Vida un instante de Poema?

“¿quién no ha besado unos labios vírgenes llenos del divino temblor de las cosas inconfesadas?



“En Flor de Fango se ha creído ver, encarnado en una Mujer, el Mito de mis Rebeldías;

“absurdo;

“la Heroína de ese libro vivió;

“y su Tragedia, yo la vi vivir;

“¿en dónde?

“la vetusta ciudad que la albergó lo sabe bien...

“ella repite diariamente esa Tragedia bajo otras formas;

“sus manos lapidadoras, no se cansan de santiguarse y de matar;

“Ibis, aquel libro de Fatalidad, por el cual, es público, que se han suicidado diecisiete personas, siendo por eso apellidado la Biblia del Suicidio; que ha disuelto tantos matrimonios, roto tantos idilios, ajado tantos gérmenes de poemas, me ha ocasionado tan rara y dolorosa correspondencia, de anatemas, que si yo publicara un día ese Epistolario se vería el más extraño caso de sugestión literaria que un libro puede ejercer sobre almas angustiadas y dolorosas;

“y, ¿no se ha querido verme a mí en la figura del Maestro, que en las páginas de aquel libro siembra la Desolación y la Muerte...?

“y, sin embargo;

“yo no viví la Tragedia de ese libro;

“ni Teodoro vivió al lado mío...

“Alba Roja ¿es un libro autobiográfico, como se han empeñado en decir aquellos que todo lo saben?

“No tengo ningún objeto en contradecir a los que lo saben todo;

“Las Rosas de la Tarde, las escribí siendo Diplomático en Roma, y por eso, hay en sus páginas esa suntuosidad de salones aristocráticos, y esa tristeza patricia de los jardines romanos...” (11).

En suma, lo que Vargas sostiene en dicho preámbulo, que podría calificarse de “breve historia de sus libros”, es que no debe identificarse necesariamente al personaje de una novela con el autor de la misma. “¿Es que un escritor no puede pintar sino sus propias tragedias, y nunca las tragedias de los otros?”, se interroga Vargas Vila.

Planteadas estas preguntas podemos encarar la especie de imaginación de Vargas Vila.

Sería permisible caracterizarla como acrática, inconformista y sentimentaloides. Los tres rasgos corresponden más bien a lo que alguno (Eps-tein) ha llamado “subliteratura”, teniendo por tal aquella en que los personajes son monolíticos, es decir, los buenos son buenos todo el tiempo, bajo toda circunstancia sin variantes, y los malos son malos todo el tiempo, bajo toda circunstancia sin variantes. Así, los protagonistas de Vargas Vila. Sin embargo, este se alza contra “la moral”, de que, en cierto modo, resulta aturdido e inesperado siervo. Oigámosle:

“La Moral es un antídoto contra el Hambre; y, en una Literatura en que el Hambre es endémica, y hace en ciertas épocas, es-



tragos de epidemia. ¿Por qué extrañar que casi todos, se refugien en la Moral, para salvarse del Hambre?... cierta dramaturgia de biberón y harina lacteada, hoy tan en boga, ¿a qué debe su vida?

“a la Moral;

“una Moral para nodrizas y soldados pintureros, que les cantan cerca a los niños dormidos la Canción de cuna.

La frase es un venablo directo contra Gregorio Martínez Sierra, autor de *Canción de cuna*, y en general contra el grupo de la editorial y revista *Renacimiento* de Madrid, al que eran adictos Pedro de Répide, los González Blanco, Hoyos y Vinent, el propio Azorín y Pérez de Ayala; Vargas Vila destacaba, parapetado como un general sitiado pero invencible, desde su poderosa trinchera de la Editorial Sopena.

Vargas Vila fue así una extraordinaria mezcla de violencia verbal y emotividad barata; una fábrica de impresionantes frases lapidarias, no siempre exactas ni memorables; una voz libre, pero estentórea; una actitud anárquica; un protestador sempiterno contra el orden instituido. Es difícil leer ahora sus novelas; sus panfletos políticos, sí. Brotan de allí relámpagos cegadores, truenos, pero más a menudo, cohetones y bombardas.

Le faltó a Vargas Vila el estupendo don de la autoevaluación, a causa de un desmesurado concepto de sí mismo. De puro codearse con su propio yo, abandonó toda posibilidad de compañía extraña y por tanto, de crítica. La soledad, de que tanto se jactaba, obra de timidez y al par de soberbia, fue su lábaro y su mortaja. Zaratustra necesita el aire puro de la montaña; los ermitaños, el del desierto; pero, en medio de la ciudad, el Solitario acaba en misántropo y misógino; por consiguiente en maniático de una supuesta verdad suya, intransferible, y de su terriblemente apetecida, perseguida, evasiva y proclamada gloria.

## NOTAS

- (1) Manuel Ugarte, *Escritores iberoamericanos de 1900*, Santiago, Orbe, 1943, págs. 231 y siguientes.
- (2) Alcides Arguedas, *La danza de las sombras*, Barcelona, López Roberts, 1934, tomo I, pág. 345.
- (3) Rubén Darío, *Obras completas*, Madrid, Aguado, 1950, tomo II, págs. 891-895.
- (4) Alberto Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1943.
- (5) Carta de doña Lulú Vargas Vila de Lee al autor, fechada en México, 26 de mayo de 1960.
- (6) Principales obras de Vargas Vila: *Aura o las violetas*, Maracaibo, 1887; *Pasionarias*, álbum para mi madre muerta, San Cristóbal, 1887; *Emma o Lo irreparable*, Maracaibo, 1889; *Flor de fango*, 1895; *Ibis*, Roma, 1900; *Alba roja*, París, 1901; *Copos de espuma*, París, 1902; *El yanki, he allí el enemigo*, París, 1902; *Los divinos y los humanos*, París, 1904; *Laureles rojos*, París 1906; *Los césares de la decadencia*, París, 1907; *El camino del triunfo*, La Habana, 1908; *La república romana*, París, 1909; *Poemas sinfónicos*, París-México, 1913; *En las zarzas de Horeb*, París-México-Bouret, 1913; *El alma de los lirios*, Bouret, 1914; *El rosal pensante*, París, 1914; *La muerte del cóndor*, Barcelona, 1914; *Verbo de admonición y de combate*, París, 1914; *Clépsidra roja*, 3a. ed., Barcelona, 1916; *La demencia de Job*, Madrid, 1916; *Los discípulos de Emaús*, novela de la vida intelectual, Barcelona, 1917; *Rubén Darío*, Madrid, 1917; *Horario reflexivo*, Barcelona, 1917; *Mi viaje a la Argentina*, odisea romántica, Madrid,



s/f., 1919; *Sobre las viñas muertas*, Barcelona, 1930; *José Martí, apóstol libertador*, París, 1938; *Obras completas*, México, ed., latinoamericana, 1957, 2 vols. (solo las novelas).

Sobre Vargas Vila: Alejandro Andrade Coello, *Vargas Vila: ojeada crítica de sus obras: de Aura o las violetas a El ritmo de la vida*, Quito, 1912; Victorio Luis Basseiro, *Un hombre libre: Vargas Vila*, Buenos Aires, 1924; Arturo Torres Rioseco, *Francisco Contreras y Vargas Vila, en Hispania*, California, Stanford University, vol. XVI, número 4, nov.-dic. 1933; J. Arango Ferrer, *La literatura de Colombia*, Buenos Aires, Facultad de Letras, 1940; Manuel Ugarte, *Escritores iberoamericanos de 1900*, Santiago, Orbe, 1943; Max Enríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, México, Fondo de cultura, 1954.

- (7) Arturo Escobar Uribe, *Vargas Vila, el trashumante atormentado*, en *El Tiempo* de Bogotá, 31 de julio de 1960.

#### N. ESCRITORES, I, -8.

- (8) C. G. P. (Carlos García Prada) artículo sobre Vargas Vila en *Diccionario de la literatura latinoamericana "Colombia"*, Washington, Unión Panamericana, 1959, pág. 128.
- (9) Vargas Vila, *Los césares de la decadencia*, ed. definitiva, Barcelona, Sopena, 1936, pág. 65.
- (10) Vargas Vila, *Obras completas*, cit., 1957, tomo I, pág. 27.
- (11) Vargas Vila, *Obras completas*, cit., I, 214.